



ACTO DE CONTRICION.

*Para hacer verdadera amistad con Dios el pecador arrepentido; y que-
xas amorosas de la criatura à su Criador, y alcanzar perdón
de sus graves culpas.*

Inmenso Dios poderoso,
Criador, y redentor,
fuente de misericordia,
mar oceano infinito,
de todos los atributos,
que te son correlativos.
En tu presencia humillado,
por estar engrandecido
con toda sinceridad;
como principal motivo.
Con tu licencia, Señor,
quiero postrado, y rendido,
conociendome alcanzado,
entrar en cuentas contigo;
aunque entrar con Dios en cuenta
lo temen sus mas amigos.
Yo, que el mayor pecador
soy, de todos los nacidos

quiero hacerte algunos cargos,
si me concedes permiso,
arguyendo mi ignorancia
à tu saber infinito.
Por qué causa, gran Señor,
despues de haver permitido,
que ofenda à tu magestad,
tan ingrato, y atrevido,
cuantas veces he llegado
por tus divinos auxilios,
cansado yá de ofenderte,
à entrar en cuentas contigo,
dando de arrepentimiento
algunos efectos tibios,
no me has dado tal dolor,
Señor, de haverte ofendido,
que fuera mi corazon,
en fuego, y agua, contrito,

inmenso mar en mis ojos,
ceniza en tu amor divino?
No está en mi mano el tener
joya de valor tan rico;
porqué à estarlo, yá lo huviera
logrado el deseo mio.
De tu mano poderosa
nos viene este beneficio,
y si tú no lo concedes
por tus ocultos juicios,
quién, por mas que lo pretenda,
ha de poder conseguirlo?
Esto de los sentimientos,
lágrimas, y regocijos,
sin causas que le promuevan
al corazon atractivo,
no puede el hombre tenerlos,
procurados por sí mismo.
Yo quisiera, gran Señor,
cuantas veces me dedico
al sacramento de muertos,
para pasar al de vivos,
tener tan grande dolor
del pecado cometido
contra tu bondad inmensa,
que los pies de tus ministros,
con lágrimas fervorosas
siempre quedarán ungidos,
yá que una vez no muriera
del dolor de arrepentido.
Amanisimo Señor,
consuelo, y regalo mio,
no sé como los cristianos,
siendo tus amados hijos,
de haver perdido tu gracia,
tan mal nos arrepentimos,
que siendo infinito el bien,
en el pecado perdido,
una pérdida infinita,
no lloramos infinito?
Acá en nuestro material
perecedero, y pasivo,
si algun quebranto pasamos
(de tu magestad aviso)
es con forme el sentimiento,
al valor de lo perdido.
Perdió su fortuna el pobre,
su grandeza perdió el rico;
el hijo perdió à su padre,

la muger à su marido,
su caudal el navegante;
su bienhechor el mendigo.
Y por todas estas causas,
y muchas, que no repito,
son tan amargos los llantos,
son tan grandes los gemidos,
son tan tristes los lamentos,
tan copiosos los suspiros,
que negados al consuelo,
y entregados al conflicto
muchas desesperaciones,
innumerables delirios,
en los unos, y en los otros
diversas veces se han visto.
Y si pérdidas tan cortas
de tal suerte las sentimos,
que no hay prudencia en el docto,
ni en el mas cuerdo juicio,
la pérdida de tu gracia,
que es de valor infinito,
cómo no se llora, y siente,
con dolor tan excesivo?
El pesar, y sentimiento
de las pérdidas que he dicho,
nunca son solicitados,
ellos mismos son venidos;
y aunque no quieran tenerlos,
no es posible resistirlos.
Pero el dolor necesario,
si quiera para lo atrito,
si no viene de tu mano,
por un eficaz auxilio,
no puede el hombre tenerlo,
ni está en su mano sentirlo.
Quando llega el penitente
à confesar sus delitos,
le preguntan: si le pesa
de haber à Dios ofendido:
si tiene dolor bastante,
para que le absuelva atrito.
Dice al instante que sí,
como respuesta de officio.
Aquí, Señor soberano,
dulcísimo Jesus mio,
suplico à tu magestad,
convenza mi silogismo.
Pues yo quisiera, Señor,
que en un acto tan divino,

las palabras, y las obras
fueran un afecto mismo.
Y el dolor del corazón
se mostrara tan crecido,
que cedieran las palabras,
al valor de los suspiros.
Que un Señor pequé, sin llanto,
no está muy bien parecido,
debiendo con tanta causa
hacerse los ojos rios.
A muchos, esta merced,
Señor, les has concedido,
que à los pies del sacerdote
murieron de arrepentidos.
Y pues con ellos usaste
de tan grande beneficio;
puesto que lo deseamos,
Señor, con afecto vivo,
no nos niegues este bien,
pues que tambien lo pedimos.
Si de la misma materia,
que formaste à tus amigos,
hiciste à los pecadores:
por qué causa, Señor mio,
fue el barro tan firme en ellos,
y en nosotros quebradizo?
No podemos formar queixa
de tus inmensos juicios,
que en ser obras de tu mano
nos admira concluidos.
Dejo à los santificados
antes que fuesen nacidos,
y à cuantos se hallaron santos,
tales desde su principio,
que con sus cuerpos nacieron
los milagros, y prodigios,
que estaban tan de su cuenta,
de tu gracia prevenidos,
que para pecar, parece
no tubieron alvedrio.
Bien, como el gran precursor,
monarca de los nacidos,
y otros de su gerarquía,
según enseñan los libros.
Dijo los que no perdieron
la justicia del bautismo:
un Domingo de Guzmán,
otro serafín Francisco.
Un Geronimo doctor,

un ángel Tomás de Aquino,
un Francisco de Calabria,
milagro de los prodigios.
Un Vicente Valenciano,
predicador desde niño,
y à cuantos desde abeterno,
por tí fueron escogidos;
porque así à tu providencia
ejecutarlo convino,
para que en el tribunal
de tu tremendo juicio,
tubiesemos abogados,
los que pecadores fuimos.
Que hasta los perseguidores
de tu ley, fueron precisos;
pues sino hubiera tiranos,
no hubiera ningún martirio;
y paso à los que vivieron
anegados en sus vicios.
Un Mateo, con sus rentas
en las usúras metido.
Un Dimas, en una cárcel
preso por sus latrocinios:
profana una Magdalena,
de los hombres presipicio.
Ciega una Samaritana
en los deleytes lascivos.
Un Saulo, perseguidor
de tu Evangelio divino.
Un Agustín, escribiendo
heréticos silogismos.
Y despues de ser tan malos,
à un impulso de tu auxilio,
fue un Apóstol san Mateo,
coronista fidedigno.
San Dimas un buen ladrón
de los tesoros mas ricos.
Una santa Magdalena,
ungiendo tus pies divinos.
Santa la Samaritana,
predicando tus prodigios.
Vaso de elección san Pablo,
por su boca y sus escritos:
y de un ciego heresiarca,
un san Agustín, cuéhilllo
de los péfilos hereges,
con el corazón herido
de la llama de tu amor,
que es, Señor, lo que yo embudo.



Estos, y otros muchos santos,
à quien no alcanza el guarismo,
fueron por tu llamamiento
entre todos escogidos.

Aquí vuelvo à atar, Señor,
postrado el discurso mio:
por qué causa no nos dás
à los que yá te ofendimos,
ausilios tan eficaces,
que iguallen los sobredichos?

Pero yá, Señor, te oyo,
con la luz de mis sentidos,
responder á mi ignorancia,
que tus divinos ausilios
à ninguno le faltaron
de cuantos fueron nacidos.

Y que la infernal malicia
de los hombres en sus vicios,
cuanto es de su parte impiden
el paso à tus beneficios.

Porque la indisposicion
que tenemos de continuo,
pone nuestros corazones
elados, y endurecidos.

Pues entre tanto viviente,
solo fueron escogidos,
con los santos mencionados,
los demás, que no averiguo.

Algo mirasteis en ellos,
que arrastrase tu cariño;
algo tuvieron de bueno,
misturado con los vicios;
algo hicieron de su parte,
que bastó, para ser dignos
de tu gran misericordia,
como hacerlos tus amigos.

Pero en nosotros, Señor,
solo puedes haver visto
maldades, ingraticudes,
desconciertos, y delitos,
corazones de diamantes,
rebeldes à tus ausilios;
por cuya causa perdemos
cuanto tienes prometido.

No me admira, Dios de amor,
que nos dejés por castigo
vivir en nuestros pecados,
obstinados, y precitos;

En Valencia: por la Hija de Agustin Laborda, en la Bolsería, año 1822.

que à quien mal te corresponde,
mucho mas es merecido.

Solo me admira, el que siendo
la ofensa à un Dios infinito,
nos deje vivir pecando,
por tan dilatados siglos,
sin echarnos al infierno
en cuerpo, y en alma vivos.

Mas no me admiro tampoco,
que dilates tan benigno
el castigo à las ofensas
que te hacemos atrevidos,
cuando es tu sangre preciosa
nuestro remedio, y auxilio.

Antes si nos castigáras,
luego que lo merecimos,
me admirára con mas causa,
saber que en el tiempo antiguo
eras Dios de las venganzas;

y despues que merecimos
ennoblecir nuestro barro
unido à tu sér divino,
Dios de las misericordias
te apellidan los escritos.

Y pues yá de mi argumento
quedo tambien concluido,
que conoce mi razon

la siurazon de mi mismo,
y que la indisposicion
embaraza tus ausilios,
que otra culpa acrescentamos
à las muchas que no digo.

Puesto que à tu semejanza,
por tus ocultos juicios,
nos criaste, y con tu sangre
fuimos despues redimidos.

Hiere, y quebranta, Señor,
con flechas de amor divino,
los corazones de cuantos
los tienen endurecidos.

Sea nuestra conversion
con tan desusado estilo,
que aventaje en el dolor
à todos los convertidos.

Y en particular la mia,
amorado Jesus mio,
la espero mucho mayor,
porque mas la necesito.